

Discurso del doctor Emilio Ferrero, Presidente del Directorio Nacional Conservador, en la inhumación del cadáver del doctor José Vicente Concha

Señores:

Al acercarnos conmovidos a la fosa que dentro de breves instantes va a cerrarse guardando los despojos mortales del doctor José Vicente Concha y al inclinarnos con dolorida reverencia ante el féretro que encubre su cuerpo consagrado por la majestad de que nuestros sentimientos vibran al par con los sentimientos del alma nacional y de que nuestra pesadumbre es eco de la triste voz con que la república entera llora la pérdida de uno de sus más grandes ciudadanos.

La figura del doctor Concha quedará por siempre delineada ante la historia con severos y nobilísimos perfiles. Su fisonomía se destaca con luz individual, con personalidad propia en el dilatado horizonte de la vida nacional. No fue él como la planta que necesita del arrimo protector para extender su follaje y ascender hacia la altura; fue como el roble de finísimo tronco que alza enhiestas las ramas, altivo y dominador en medio de la selva, sin cuidarse de la tormenta y el rayo. Como distintivos suyos especiales; como notas características de tan egregio estadista, se marcan la austeridad de la doctrina, la rigidez de los principios, la profundidad de las convicciones, la firmeza de la voluntad, y sobre todo la extremada sensibilidad de su patriotismo irreductible. En esta materia era como un atalaya vigilante que escudriñando el horizonte oteaba el peligro, y con larga y adelantada visión lo presentía y anunciaba, dondequiera que pudiese aparecer. Le enardecía y sobresaltaba todo aquello que aun remotamente, ya en el orden económico, ya en el político, pudiera constituir alguna cadena de sujeción para la república; todo aquello que pudiese forjar siquiera un eslabón que más tarde llegara a entorpecer el libre ejercicio de la independencia y soberanía nacional.

Hombre de parlamento y de lucha,

(Pasa a la octava página)



DON LUIS CANO, DIRECTOR DE "EL ESPECTADOR" PRONUNCIA SU DISCURSO EN EL CEMENTERIO DE ESTA CIUDAD ANTE EL CADÁVER DEL DOCTOR CONCHA.

DISCURSO DEL DR. EMILIO FERRERO

(Viene de la octava página)

su figura se engrandecía cuando estaba la atmósfera cargada, cuando era más recia y empeñada la polémica. Defendía con calor del corazón lo que en el fondo de su conciencia estimaba justo, verdadero, conveniente a la nación; atacaba con bravura implacable lo que a sus ojos era falso, injusto, indigno o perjudicial a la salud de la república. Nervioso, airado, fulgurante la mirada, desencadenaba entonces el corcel de su elocuencia; su voz dominaba el ámbito; ponía ardimiento y fogosidad en el discurso; estallaba en sus labios el cálido apóstrofe, el sarcasmo, y en el aire tibio del recinto desbordaba sonoro y triunfador el raciocinio.

Como presidente de Colombia fue modelo de magistrados: justo, recto, ecuánime, esclavo de la ley, atento siempre a los intereses de la nación, a la guarda del honor y buen nombre de la patria. Hizo gobierno a pleno sol, sin nada que disimular o que ocultar. Si no pudo poner en marcha hacia el progreso todas las fuerzas vivas del país debido a las circunstancias absolutamente impropicias que cercaron el cuatrenio de su mando, transcurrido todo él bajo el resplandor siniestro de la guerra mundial, supo no obstante, a fuerza de orden, economía y método, llevar a cabo la proeza de mantener organizados, estando cegada casi la fuente de las rentas, todo los remos del servicio público; de impulsarlos cuanto era dable con la escasa ayuda de un presupuesto escuálido, y de salvar el crédito de la nación, a tiempo que estados más favorecidos que el nuestro veíanse obligados a sobreseer en el pago de sus deudas.

Timonero de firme pulso, tocóle al doctor Concha sortear inúmeros escollos en la dirección de la república, cuando hasta ella venían amenazantes los lívidos reflejos de la llamarada universal con que la guerra de las naciones envolvió casi al mundo entero. Y fue por cierto en esas circunstancias obra de exquisito tacto en el ilustre mandatario, a la vez que de justicia, honradez y previsión, el lograr mantener, conforme a la tradición política de Colombia, la amistad de todas las naciones, evitando que nuestra patria, bajo el impulso de la atracción irresistible que a tantos pueblos arrastró, cayese también en el torbellino de los colosales intereses antagónicos que trágicamente ardían en la monstruosa hoguera.

Hombre de amplia erudición y estudio, apacentó su espíritu en los problemas jurídicos y constitucionales. Señaladamente profundizó y expuso en sabios libros, como también en la cátedra universitaria, la difícilísima ciencia penal, ligada con tantas y tan variadas disciplinas y cuyo cultivo pone al penalista en íntimo contacto con los hondos misterios de la psicología humana y le enseña a escudriñar los oscuros refugios del corazón.

Tenía el dón del consejo, que no a todos es dado pues sabía iluminar las dudas y descubrir el incierto rumbo a

través de difíciles senderos. Su opinión tenía influjo decisivo. Era dominador, no porque tratara de imponer con imperiosa presunción los conceptos de su mente o las determinaciones de su voluntad, sino porque en todo tiempo ha tenido ascendente irresistible la alteza del entendimiento y el firmísimo temple del carácter. Hallándose con él sentía uno la impresión de estar junto a un manantial de energía espiritual.

Por eso fue el doctor Concha conductor de multitudes, eximio jefe de partido. Amó la doctrina conservadora en el fondo de su alma, la defendió con el brío que le era peculiar, la practicó en la sinceridad y pureza de sus hechos y la sirvió con exclusión de miras ambiciosas. En sus manos ondeaba la bandera con honor y gallardía. Por eso, ante el cuerpo inanimado del doctor Concha, experimenta el conservatismo una especie de orfandad. Pero también encuentra en esa tumba sagrada un mudo y solemne magisterio, una huella esclarecida que le enseña la vía del patriotismo sin desfallecimiento, de la doctrina sin claudicaciones, de las austeras prácticas republicanas sin mezcla de ruindad o de egoísmo. De esa tumba parte también una voz de conciliación y de cor-

dura hartamente necesaria en las vicisitudes presentes: voz que los conservadores debemos escuchar con la respetuosa unción con que recibe el hijo el consejo que exhalan los paternos labios expirantes.

El hombre de recio temple que con mis pobres expresiones he procurado ensalzar, el varón fuerte, el que en horas de lucha tenía arrestos de león, era en el recinto doméstico, blando, afable, delicado, abierto a todas las tiernas emociones que constituyen el encanto y la dicha del hogar. Era además más hombre de religiosidad sincera y en el tesoro de sus nobles convicciones ocupaba puesto preferente la fe en Dios, la rendida confianza en la bondad divina, en la suprema virtud indefectible. Por eso, y por el íntimo convencimiento que tenía de la misión sublime de la Iglesia, en la representación de Colombia que dignamente ejercía ante la Santa Sede, veía el doctor Concha, no la simple fórmula protocolaria que sirve para cultivar relaciones de amistad y cortesía entre los soberanos de la tierra, sino un medio de acercamiento espiritual y estrecho del pueblo colombiano a la Iglesia de Cristo, árbol eterno del cual ha manado y manará siempre para la humanidad la savia vivificante de la civilización y la cultura.

Señores: Cuando vemos abrirse la fosa de un hombre ilustre y sumirse en ella una vida llena de merecimientos y de glorias, nos sentimos inclinados a reconcentrarnos en nuestra conciencia y en nuestros propios pensamientos, a abrir ancha vía a la reflexión, a volver los ojos al pasado para recoger sus enseñanzas, al porvenir para alentar nuestra fe. Por eso seguramente se ha escrito que "la lección de la muerte es la más grande de las lecciones y es extraordinario el beneficio que reciben los pueblos cuando cavan una tumba meditando."